

NUESTRO DEBER

La guerra europea, a más de los males que por su naturaleza ha traído como consecuencia en los puntos donde ha tocado, también ha cundido en otras regiones, aunque en diferente forma.

En la región que habitamos se nota con este motivo una efervescencia tal, que la prensa ocupa gran parte de sus columnas con extensos artículos y aun con mapas, pintándonos el estado de las operaciones y el lugar que ocupan los combatientes; en los corrillos el tema obligado es la guerra, y la guerra por doquier sólo se ve, sólo se oye, sólo se nombra esta frase que, por su obstinada repetición, pasa ya desapercibida.

También aquí son de oírse largas discusiones sobre quien ha de resultar ganancioso, la forma en que tal ha de vencer, los implementos que ha de usar, las artimañas de que se han de valer a fin de no dejar ni rastro de lo que fuera un cam-

po fértil creador de vida, ni recuerdo tampoco del antes populoso centro industrial.

Pero quien así piensa, es que a su imaginación no ha llevado un cuadro de esta naturaleza: un hacinamiento de hombres que yacen sin consuelo, sin una lágrima por ellos, sin una caricia, sin una mano pródiga que ayude a cerrar los ojos de aquellos infelices al apartarlos de esta atmósfera llena de maldad, atestada de ambiciones pérfidas y malsanas, de rencores mal entendidos y de pasiones ruines y salvajes; pensad en las madres atribuladas, las esposas, los hijuelos, los ancianos al sobrecogerse de pavor, amedrentarse de emoción y llenarse de espanto al oír el estampido mortífero del cañón y de tanta y tanta máquina de guerra.

Sólo observando todos estos detalles podremos darnos cuenta perfecta de la sinrazón por la que los hombres del antiguo continente, ol-

vidándose de su misión sobre la tierra, han emprendido una labor contradictoria a las leyes humanas, para todo y contra todo.

Así, pues, a no tener un corazón podrido, un alma corroída o una conciencia depravada, nuestro deber es lamentar la desgracia que aflige a nuestros hermanos, sentir y sufrir con ellos; procurar, en lugar de fomentar odios, armonizar las opiniones: así lo exige nuestro amor por lo que tenemos de más sagrado, el hogar, y con ello la familia, teniendo en consideración que quien «siembra vientos recoge tempestades».

Y ya que a nuestro alcance no están los medios para terminar con esta lucha, que sea nuestra labor edificar, no destruir; fraternizar, no antagonizar. Todo lo que se haga en contrario, es odioso, es execrable, es doloso, es inicuo.

RAMÓN N. GALINDO.

UN VIAJE CON UN ALEMAN

[Viene de la 4a, plana]

en trescientos mil hombres no podía ser sino un hecho baladí.

Hablamos, naturalmente, de Bélgica. A su juicio, esta nación era como una mala mujer que se distraía con tres amantes, y, al cabo, uno de ellos, cansado de tanta infidelidad, le da una bofetada. Bélgica se había conjurado con Inglaterra y Francia para atacar a Alemania. Yo pregunté tímidamente:

—¿No sería posible que hubiera buscado de antemano la ayuda de Inglaterra y Francia para defenderse de Alemania? Si Alemania no supo que Bélgica había tenido conversaciones militares con Inglaterra, hasta que el ejército alemán entró en Bruselas y halló los famosos documentos, ¿no prueba la invasión alemana, efectuada antes de tener noticia de esos documentos, los temores y la prudencia de Bélgica?

—Fue como una mala mujer y le está bien empleado lo que le ocurre —responde el alemán, irreducible a toda lógica y a todo sentimiento moral algo elevado.

La conversación tropieza con el

concepto de democracia. ¡Democrática Inglaterra, el país donde todavía domina una aristocracia feudal! ¡Democráticos estos países latinos, anárquicos, revolucionarios, sin un principio de orden! Para democracia y libertad, Alemania. ¿Que el Gobierno es absoluto, independiente de todo poder popular? Así es mejor. El pueblo alemán cree en el amor de sus emperadores y gobernantes por el pueblo, y acepta con gusto su sabia tutela...

Yo trato débilmente de hacerle ver que la libertad no es lo que se posee, sino lo que se busca; que no es la sumisión a ser gobernado, sino la aspiración a gobernarse; que es más libre quien se queja de no serlo, o desea aumentar su libertad, que el que se tiene por bastante o excesivamente libre. El alemán me dijo que le hablaba en una lengua desconocida y que tampoco quería conocer. Yo ví que, aunque lo quisiera, tampoco podría conocerla. Creía yo que entre los hombres había diferencias mentales de grado, pero no de género. Unos hombres ven más que otros; pero también hay ciegos, hombres que

no ven nada. No sabemos si los ciegos son los alemanes o nosotros. Lo cierto es que ellos no ven nuestro mundo y nosotros tenemos en nuestra historia el suyo muerto y sepultado. Al alemán le falta el principio de contradicción y el sentimiento de libertad, las dos columnas del espíritu anglo-latino.

Mi compañero de viaje me ruega que hablemos del tiempo. Yo, encantado, hago comparaciones entre la temperatura de Berlín y Madrid.

LUIS ARAQUISTÁIN.

“EL REBERDE”

Órgano de los Trabajadores Industriales del Mundo (I. W. W.)

publicado por la Liga de Propaganda I. W. W.

P. O. Box 1279.

Los Angeles, Cal.